



El viaje de Pietro della Valle

El peregrino

(1586 – 1652)

I.2.08 – A visir muerto, visir puesto. El nuevo Gran Visir Muhammed Pachá

Carta 2 desde Constantinopla, a 25 de octubre de 1614

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 29-12-2023
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “El peregrino”

Primera parte

TURQUÍA



CARTA SEGUNDA (final)

I.2.08 – “A visir muerto, visir puesto”. El nuevo Gran Visir Muhammed Pachá.



**2ª CARTA desde
CONSTANTINOPLA
(entrega I.2.08)**

En la entrega anterior, la I.2.07, el Señor della Valle comenta extensamente el desarrollo de los sucesos y desmanes llevados a cabo por el primer Gran Visir, el Pachá Nazúh, junto con la sospecha de alta traición y espionaje a favor de los persas, que el Gran Señor llevaba tiempo vigilando y que, finalmente, lo llevaron a determinar su ejecución, a pesar de estar casado Nazúh con una de las hijas del Sultán. Concluye la entrega 07 con la forma en que las sultanas tratan a sus esposos.

Las sultanas tratan a sus maridos como a sirvientes.

En cuanto a la joven esposa del difunto, no es de extrañar que al Gran Señor no le importara lo más mínimo dar este Golpe de Estado, porque estas princesas bárbaras pretenden, actuando de esta suerte, que obtendrán mayor beneficio para sus hijas, puesto que con esta maniobra las convierten en herederas, si no del total, al menos de una buena parte de los bienes confiscados a sus maridos ejecutados; casándolas rápidamente con otros, de modo que ellas no tienen mucho de qué afligirse; otra cosa bien distinta es que las sultanas tratan a sus maridos como a sirvientes, mostrándose ante todos como sus señoras, y buena prueba de ello es el puñal guarnecido de joyas que llevan siempre en el cinturón, considerado un símbolo de su autoridad, y no permitiendo, al igual que algunas otras, que sus maridos tengan relación en sus apartamentos con ninguna concubina, ni siquiera con cualquier mujer esclava, a menos que sean informadas de ello...

Entrega I.2.08 (final de la 2ª carta desde Constantinopla)

Muhammed sucede a Nazúh.

Al día siguiente de la muerte de Nazúh, Muhammed Pachá fue honrado con el cargo de Primer Visir, el mismo que poseía el difunto. Este nuevo visir también es yerno del Gran Señor, pues está casado con su hija mayor, hermana del Príncipe por parte de madre, e hija mayor de Su Alteza, y este mismo Pachá ya formaba parte de los visires comunes desde hacía tiempo. Es turco de nacimiento, aunque bien es cierto que me han dicho que tan solo es hijo de un herrero de Gálata, pero que, por un favor muy especial, que sobrepasaba a las costumbres establecidas, fue introducido desde su infancia en el serrallo con los niños de los cristianos que llevan allí como tributos. Después, tras pasar varios años escalando puestos en diversos cargos altos e importantes, se le envió primero a El Cairo como Pachá; allí se hizo rico en el poco tiempo que

estuvo gobernando. Poco después fue nombrado Pachá de la Mar, en donde no cosechó éxitos, porque se imputaba a su negligencia la pérdida de las galeras que fueron capturadas por las de Sicilia; pero la causa principal no era otra que su enemistad con Nazúh, a pesar de la cual en este momento se vio elevado al puesto que ocupaba el difunto, un cargo muchísimo más alto e importante que el anterior. Éste es un hombre prudente, y más amante de la paz que de la guerra, y aunque no es alguien a quien se pueda persuadir fácilmente, no deja de ser una persona de buen trato y agradable conversación y, sobre todo, es un gran amigo del Mufti y de Monseñor de Sansy, Embajador de Francia, lo que nos coloca en una buena posición. Se ha realizado una exacta y cuidadosa investigación acerca de todo lo que poseía Nazúh; este nuevo Gran Visir ha hecho saber a los criados del muerto, a sus servidores y a todos los que dependían de él, que si tenían alguna cosa que hubiera pertenecido al difunto, debían declararlo de inmediato, so pena de muerte, de modo que nadie de esa gente pudiera tomarse la libertad de ir y venir adonde quisiera sin exponerse a represalias, lo que aún se puede observar que les afecta, incluso al hijo del difunto Nazúh y a otros niños que viven allí.

*[El nuevo visir]
ha mandado
hacer una
investigación
minuciosa de los
bienes del difunto
Nazúh.*

Al parecer el nuevo Gran Visir ha enviado una orden para, si es posible, capturar al hijo mayor de Nazúh, al que éste había dejado en la Fortaleza de Mardín, en Mesopotamia; una de las grandes posesiones del Estado del Turco; fortaleza de la que se había apoderado Nazúh como si fuera propiedad suya, así como de la ciudad de la que dependía, y que, en consecuencia, al estar en la frontera con Persia, Nazúh había convencido al Gran Señor de que esa era una plaza sin importancia; aunque se cree que en ella acumulaba grandes tesoros para servirse de los mismos en toda ocasión, o bien para fomentar alguna rebelión, o quizá para buscarse allí un retiro.

*El inventario de
sus bienes.*

En el palacio que tenía en esa ciudad se encontró, según el inventario que se hizo, lo siguiente: Ciento treintainueve sacos de cequíes, conteniendo cada saco diez mil cequíes; doscientos mil Tollers, y una notable cantidad de moneda de plata. Piedras preciosas; unas talladas y otras no, por valor de más de millón y medio; un guardarropa grande y magnífico; en cuanto al resto: numerosas copas de oro y de plata; una panoplia de armas bien abastecida, surtida de diversas piezas tan bellas como valiosas, entre las que destacaban: mil espadas o cimitarras todas guarnecidas de oro, estimadas cada una en unos seiscientos y setecientos cequíes, y otras, más sencillas y de menor precio, en donde solo había ornamentos de plata, de las que ni siquiera se da cuenta de ello; cuarenta pares de estribos de oro, entre ellos, seis pares enriquecidos con piedras preciosas y varias joyas. Una hermosa caballeriza con

*Las prodigiosas
riquezas que
poseía este visir.*

más de mil animales, entre los cuales había trescientos cuarenta caballos de las mejores razas, y otros, solo para el Señor, valorados en dos, tres y cuatro mil cequíes; además de cien caballos, siempre disponibles en la casa que tenía cerca de Escutari, en la parte asiática, adonde yo pasé un día para verlos y montar algunos.

Al parecer Nazúh habría comprado esta mansión con vistas a huir a ella en algún momento. También se encontraron allí miles de camellos y de mulas de su pertenencia, además de los seis o siete mil caballos de otra gente que se los había comprado en Constantinopla, y que él se encargaba de mantener y proveer de pienso; aparte de lo que se dice acerca de que pocos días antes de su muerte había ordenado que hicieran unas gualdrapas especiales para cada montura.

Todas estas prodigiosas riquezas las había amasado durante los veinticinco meses que estuvo administrando el Estado desde su supremo cargo; eso sin contar el más de un millón y medio de presentes realizados dentro del Serrallo durante ese tiempo, de lo que se puede inferir la potente maquinaria que supone ese Gobierno.

Reflexiones del Señor della Valle sobre la funesta aventura de este desafortunado visir.

Aquella espada enriquecida con diamantes, que ya mencioné en otro momento, Nazúh la mandó realizar especialmente para el Gran Señor, y fue como un verdadero augurio de su muerte, pues ni siquiera tuvo tiempo de llegar a ofrecérsela, ya que la terminaron justo la mañana del día en que perdió su vida; aunque, de uno u otro modo, siempre acabará llegando a manos del Gran Señor, junto con todos los demás bienes confiscados.

A fin de cuentas, lo que viene a confirmar esta funesta aventura es la ceguera o la maldad de este personaje, o tal vez ambas cosas; pues habiendo disfrutado en Constantinopla de un poder absoluto, de tan enormes riquezas y tantos hombres bajo su mando, a los que hay que añadir a varios miles de leales, tanto en la ciudad como fuera de ella; tener en su palacio tal cantidad de caballos y armas; poseer una mansión fortificada sobre el mar, con una nada desdeñable cantidad de navíos bien equipados y armados, y siempre prestos a obedecerle a la primera señal; otra mansión con innumerables caballos en la otra orilla del mar; fortaleza, tierras y otras posesiones en la frontera... de todo ello solo se puede sacar una conclusión bastante certera, y es que, ante sus enormes deseos de grandeza y de lo que guardaba en su espíritu, podría haberse dado cuenta de los presagios de su ruina y de los testimonios de la cólera de su Soberano en medio de la Corte, y de que, a pesar de todo, no tuvo el suficiente valor como para llevar a cabo sus proyectos, y ni siquiera tomar precauciones para evitar su muerte, dejándose estrangular en su

propio palacio por cuatro matones, sin oponer la más mínima resistencia, y temblando como un cobarde. ¿Qué se puede deducir de todo esto? pues o bien que el Cielo así lo había dispuesto, o que esta gente de baja extracción no tiene bravura alguna o, si acaso hubiera un atisbo de ella, es tan despreciable que no vale nada.

*Él Señor della
Valle acompaña
al Señor
Embajador de
Francia a visitar
al nuevo Gran
Visir.*

Justo este martes, el Señor Embajador de Francia fue a ver por primera vez a Muhammed Pachá, ya como Primer Gran Visir, para felicitarle por esta nueva dignidad. Yo me fui con él, mezclándome entre los que le acompañaban, y aprovechando esta ocasión pude ver y observar bastante bien todo lo que había dentro de su casa, y de la de otro, que también se llama Muhammed, como él, y que es uno de los visires comunes; un anciano eunuco georgiano, que en tiempos fue *caimmacám* en Constantinopla, es decir, lugarteniente del Primer Visir en su ausencia, al que el Señor Embajador también fue a visitar.

*Descripción de
algunos salones
de estos Grandes
Señores.*

He observado, tal y como he comentado en otra ocasión, que las mansiones de estos grandes Señores Turcos, disponen todas ellas, siguiendo el modelo del Serrallo, de muchas puertas y numerosos patios, unos dentro de otros. Desde el último patio se asciende por una pequeña escalinata a un gran salón cuadrado, cuya techumbre central la soportan unas pilastras de madera; quizá porque no hayan encontrado vigas suficientemente largas para cubrir de un lado a otro esas dimensiones; aunque eso es algo que me extraña, conociendo como conozco la abundancia de buena madera y espesos bosques en Constantinopla, y alrededores, y a buen seguro que también cerca del Mar Negro, desde donde, exceptuando la leña para calentar las casas y la de construcción, que permanece aquí, se transporta una gran cantidad todos los años a Egipto, en donde ésta escasea. Sea como sea, las techumbres de estos grandes salones se construyen de este modo, y no solo se encuentran estos pilares en el centro, sino también en el lado que da hacia el patio, porque no hay ningún otro muro en estos espacios que se muestran totalmente abiertos en esta zona.

En los otros tres lados, los que dan a la calle o sobre algún camino, los muros que los cierran están tachonados de pequeñas ventanas, bajo las cuales y a lo largo de toda la pared se aprecia una fila de bancos de unos tres palmos de altura, cubiertos de tapices tejidos a propósito y a la medida, sobre los que los Turcos se sientan con las piernas cruzadas bajo las posaderas, al igual que nuestros sastres cuando trabajan sobre sus escaños, y adoptan esa postura, con la espalda apoyada contra la pared; pared, que a tal efecto se ha revestido, hasta unos cuantos pies de alto y a todo lo largo, de unos finos y hermosos azulejos, alicatados de oro, y de unos colores, en los que predomina el azul ultramar. Pero, en el centro de este lado

del salón, el que está frente a la entrada de la escalinata, esta ornamentación aplicada a lo largo de la pared, es más alta que la del resto de los muros, y presenta una forma redondeada que se asemeja, en perspectiva, a un trono. Este lugar se destina a la persona más digna, justo como en el Salón Real de Roma, en donde las variadas marqueterías de mármol que la rodean indican el lugar del sillón del Papa; además, los turcos tampoco dejan de marcar este lugar de honor en paredes sencillas y todas unidas, al igual que hacemos nosotros en los salones de recibimiento protocolario, en donde los Grandes Señores ordenan que se cuelguen tapices en estos espacios y otras dependencias.

En un extremo del salón, por una pequeña puerta, se accede a la habitación del Señor, cuyo suelo está totalmente cubierto de alfombras, y las paredes revestidas, todo a su alrededor de este tipo de lacería que he comentado, aunque la parte que

Un hermoso estrado adorna la habitación principal.

ellos consideran como la más importante de esta dependencia, la ocupa todo a lo largo, un gran estrado de madera, a una altura del suelo suficientemente cómoda para sentarse; todo el estrado está acolchado con alfombras, y rodeado de cojines para apoyarse; pues en este lugar, que ellos llaman sofá, puede reunirse un considerable número de

personas, y es donde el Señor de la casa se sienta para conversar, o tratar otros asuntos, e incluso acostarse si está solo y le apetece descansar, porque tal y como he dicho con anterioridad, estas gentes no solo aprecian el reposo, sino que la costumbre de otros países, de caminar y pasearse sin necesidad, la consideran una

Los turcos siempre permanecen sentados cuando tratan de sus asuntos.

locura y nos encuentran insensatos, sobre todo cuando ven que nos paseamos de un lado para otro, como hacemos con frecuencia, ya que les parece extraño que caminemos de ese modo, como si estuviéramos ocupándonos de importantes negocios, recorriendo la habitación una y mil veces, yendo y viniendo, arriba y abajo, tanto solos como acompañados, y sin motivo aparente alguno.

En el palacio del Pachá, es decir, del [Pachá] Supremo, que no es otro que el Gran Visir, cuando no se añade ningún otro nombre, hay unas horas regladas para

La plegaria se hace en el Palacio del Visir, igual que en las mezquitas.

orar, al igual que en las mezquitas, y para todo el servicio que se encuentre en la casa. El responsable, que tiene las mismas funciones que los campaneros de nuestros campanarios, es decir, llamar a los fieles a la oración, lo hace gritando y subido a la parte más alta de la casa; esta plegaria se realiza en un determinado lugar del gran salón,

en donde se extienden unas alfombrillas de junco sobre el suelo para hacer las genuflexiones y reverencias de rigor. A quienes no se alojen en palacio no se les permite rezar allí, obligando a cada cual a irse a su casa para la plegaria.

Las dependencias de las mujeres están separadas de las de los hombres, y los que vienen del exterior acceden allí por otras escaleras y otras puertas que, no obstante, se encuentran en el interior del palacio, aunque el Señor puede también penetrar en esas habitaciones por pasadizos secretos, y accesos disimulados, y en todas las puertas, tanto de los unos, como de las otras, están apostados los Capigis o porteros que las guardan, así como otros oficiales, según la costumbre de cada una de estas Cortes.

Solo me queda por contaros que ayer, como era viernes, y los turcos estaban aún celebrando su ayuno, pude ver por fin al Gran Señor dirigiéndose a la Mezquita de Santa Sofía con la pompa y cortejo que lo escolta habitualmente para esta ocasión, y debo reconocer que sobrepasa a todas las nuestras, tanto por el número, como por la riqueza de las vestiduras y sus ornamentos. No me había situado yo lo suficientemente bien como para ver la cara al Gran Señor, porque el trayecto desde la puerta del Serrallo hasta el templo es tan pequeño, que a duras penas puede dar cabida al innumerable cortejo que tiene que ir abriéndose camino todo el tiempo, algo que se hace, en parte, para dar más grandeza al desfile, y también por una estratagema de los Ministros de la Puerta que, de ese modo, impiden al pueblo que se acerque a su Príncipe, al que solo ve en esos breves desplazamientos, por miedo a que alguien pueda tomarse la libertad de presentarle una demanda que resulte nociva a sus intereses; de ahí que a algunos miserables, que han sido maltratados, o ministros, u otros, que no tienen otro medio de hacer llegar sus quejas a Su Alteza, se les aleja lo más posible para que no puedan hablarle de cerca; con lo que se ven obligados a hacer todo tipo de señas extravagantes cuando le ven pasar, liándose una manta en la cabeza, o cualquier otra cosa combustible, a la que prenden fuego, y cuando sus fogatas llaman la atención del Príncipe, entonces estos le gritan que necesitan que se les haga justicia. El Príncipe, al ver ese fuego, envía allí a uno de los suyos para que le informe de la causa, y escuchar las quejas de estos desgraciados, a fin de que se les escuche y se provea a sus necesidades. No obstante, como esto solo sucede en los casos más extremos, para el resto de las quejas de menores consecuencias, que se pueden hacer llegar por escrito al Príncipe, como si eso de entrada fuera fácil, los ministros han juzgado a este propósito ponerle a cubierto de las inoportunidades del pueblo, así como del peligro que correrían ellos mismos ante algunas acusaciones que les podrían perjudicar.

Aunque hasta aquí no haya conseguido ver bien el rostro del Gran Señor, para poder describirlo, no he podido dejar de apreciar en esta ocasión toda su persona. es de complexión correcta, y me he fijado cuidadosamente en su manera de cabalgar, con una apostura maravillosa, y en buen orden, lo que me ha producido gran satisfacción. Los más altos dignatarios de su Corte van a caballo delante de

Descripción del cortejo del Gran Señor.

él, y los que poseen mayores cargos y honores son los que se colocan más próximos a su persona. Algunos de los pajes más significativos de su Cámara van también a caballo tras él, como personal empleado en las labores de más envergadura de su servicio personal, y aunque les llaman pajes, por su parecido con estos a causa de su cabello rasurado y sin barba, y vestidos con rojas libreas, sin embargo, hay unos veinte, de entre treinta y cuarenta años, que siguen de dos en dos, a su jefe, en el mismo orden que en Roma el Maestro de Cámara. Pero los que están más cerca del Príncipe son el *selidhar*, y otro, del que no he podido retener su cargo, y que le precede unos cuantos pasos, llevando la espada del Gran Señor en la mano derecha, en calidad de Oficial mayor encargado del cuidado de sus armas, y que es el primero, después de él en las funciones de la profesión militar. Este cargo de *selidhar* es muy estimado por los turcos, ya que desde ahí solo se sale para ser Pachá, y ascender a los puestos más importantes, como le ha sucedido a Muhammed Pachá, ahora Primer Visir; que de ser *selidhar* del Serrallo, pasó a Pachá de El Cairo, el primer Virrey que el Gran Turco envió como gobernador fuera de su Corte.

Cuando el Gran Señor bajó del caballo, dentro del pórtico del templo, en donde solo él puede entrar a caballo, uno de los *Chaus* que le rodeaban, algo parecido a nuestros alguaciles de Roma, saltó sobre ese caballo, haciéndolo dar varias vueltas dentro del mismo pórtico, y los demás hicieron lo mismo con los otros caballos que Su Alteza debía montar después. Para nosotros es de mal gusto que un palafrenero monte de ese modo sobre el caballo de su Señor en un acto solemne y público; pero aquí esto se ha convertido en una costumbre, e incluso los palafreneros de cualquiera pueden cabalgar las monturas de sus Señores en cuanto salen de las caballerizas, eso sí, poniendo, como señal de respeto, previamente sobre la silla de montar una pequeña manta muy limpia, que llevan bajo el brazo mientras sus Señores van a caballo.

Llevan mazas de armas en el arzón de la silla de montar.

Todos los caballos del Gran Señor, tanto en el que va montado, como en todos los otros que lo acompañan, llevan cada uno bajo la silla, en un lugar acomodado al caso y sujeta, una maza de armas adornada con filigranas de oro, plata y piedras preciosas, ya que tienen por costumbre portar algunas armas en el arzón de la silla, tales como estos tipos de mazas, cimitarras, pequeñas hachas, y cosas parecidas, que raramente se cuelgan de la cintura cuando van a caballo.

El Gran Señor cambia de montura cuando regresan desde la mezquita al Serrallo, más que nada para mostrar su magnificencia. Estos animales, aunque no me han parecido especialmente hermosos, sí que son unos buenos ejemplares; los

Sus caballos son muy buenos.

mejores del país, y aunque no son tan manejables como los nuestros, al ser muy resistentes por estar acostumbrados a la dureza, o de la guerra, o la de los grandes viajes, y sin por ello despreciar a nuestras monturas, tengo que reconocer que los de aquí son mucho mejores que los nuestros, sin punto de comparación.

¿No me estoy extendiendo demasiado? Puede que mis deseos de comentaros todas estas extrañas peculiaridades hayan podido cansaros más que satisfacer vuestra curiosidad por lo excesivamente largos y aburridas descripciones; de modo que ya concluyo, prometiándoos que seré más breve en el futuro, si es que puedo moderar el vuelo de mi ociosa pluma, que no encuentra otra ocupación mejor.

Tened la bondad de perdonarme que aún me prolongue algo más, para revelaros que me estoy dedicando en cuerpo y alma al estudio de la lengua turca, más que a cualquier otra cosa, pues por lo que respecta a la griega, ya la conozco lo suficiente, y tras este último comentario, me despido y os beso las manos a vos y a todos nuestros amigos comunes con un afecto tan grande como sincero.

Desde Constantinopla, a 25 de octubre de 1614.

Fin de la SEGUNDA CARTA desde Constantinopla, que consta de ocho entregas: de la I.2.01 a la I.2.08



Próxima publicación: I.3.01 – TERCERA CARTA desde Constantinopla,
Fecha el 7 de febrero de 1615.

**3ª CARTA desde
CONSTANTINOPLA
7 de febrero de 1615**